

## Recensiones

1. GARCÍA MATEO, R., *Dios en el mundo y para el mundo. La mística trinitaria de Ignacio de Loyola*, Bilbao-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2023, 383 pp., 15 x 22 cm.

No es la primera vez que Rogelio García Mateo, jesuita, se adentra en el estudio del misterio trinitario en autores espirituales españoles del siglo XVI (San Juan de Ávila, Santa Teresa de Jesús), ni es la primera vez que se acerca a estudiar este tema en Ignacio de Loyola. De hecho, este libro es en parte fruto de sus estudios anteriores sobre este mismo tema, y de su actividad académica, sobre todo como profesor durante varios años, hasta su jubilación, en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (p. 18, nota 2).

En el caso presente, el autor nos comenta que aquí ha querido ofrecer «una síntesis actualizada de lo que podemos comprender hoy acerca de la vida mística de Ignacio de Loyola ante el misterio de la Trinidad» (p. 19). Y, ya en las últimas

líneas de la conclusión, se sintetiza así lo que han querido ser estas páginas: «Su mística trinitaria (la de Ignacio), lejos de reducirse a vivencias privadas, es según se ha visto, la experiencia que abarca, inspira e irradia toda su espiritualidad, o sea el principio y fundamento de toda su obra escrita y apostólica» (p. 346).

De alguna manera estas intenciones quedan claras en el subtítulo que se ha dado al presente volumen. Lo que quizá no quede tan claro, al menos a primera vista, es la relación entre dicho subtítulo y el título propiamente dicho, «Dios en el mundo y para el mundo». Y esto porque, aunque con fundamento en algunos datos de la revelación y la tradición teológica cristiana, y en algunos textos de Ignacio, a veces las reflexiones de estas páginas se adentran en planteamientos más filosófico-teológicos que propiamente teológico-espirituales y místicos.

Siguiendo las líneas temáticas principales que se delinearán ya en el título y subtítulo del presente

volumen, este se organiza en tres partes o capítulos principales: I. «El mundo en la Trinidad», II. «Misión del Hijo: el “sí” salvífico de Dios al mundo», III. «Misión del Espíritu Santo: efundir el amor de Dios en el mundo».

Aunque sin exclusivismos radicales, en cada una de estas tres partes se pone el acento en una de las tres personas divinas. Y esto a la luz sobre todo de la experiencia y escritos de san Ignacio, encuadrados estos a su vez dentro de otras exposiciones a partir de la Sagrada Escritura, la teología antigua y actual, algunos autores contemporáneos de Ignacio, como el Cartujano, y el magisterio de la Iglesia. Lo cual a veces puede ayudar a contextualizar mejor, en el pasado y hoy día, algunos planteamientos ignacianos; pero, por otra parte, en algunos momentos esto hace que se pueda acabar perdiendo un tanto el hilo de lo ignaciano.

Los puntos de referencia fundamentales en la experiencia de Ignacio que se tienen presentes con mucha frecuencia en este volumen son: las primeras experiencias místicas en Manresa, después de sus primeros pasos de conversión; el camino hecho con sus primeros compañeros en París y luego en Italia, hasta la fundación o nacimiento de la Compañía de Jesús; y la experiencia de La Storta, antes de entrar

en Roma. Esto vale sobre todo para los capítulos I y III. Para el II, sin embargo, la guía fundamental son los textos y directrices de los Ejercicios Espirituales, a la luz sobre todo de lo que dicen los evangelios sobre Cristo y sus misterios salvadores.

En mi opinión hubiera sido interesante presentar de una forma dinámica estos hechos. Sin embargo, aunque se tienen en cuenta, se cede de hecho a una exposición más estructural de la experiencia de la Trinidad en San Ignacio, encuadrándola según los esquemas de una teología trinitaria «ad extra», es decir, según su revelación y manifestación en el mundo y en la historia. Un planteamiento perfectamente legítimo, sin duda, que García Mateo identifica con la actual teología de la misión (p. 18), y que, por otra parte, ayuda a poner en diálogo la teodicea y la teología del Dios Uno y Trino con las afirmaciones y experiencias de san Ignacio, tanto en sus escritos como en su obra apostólica. Pero personalmente, como ya he dicho, hubiera preferido que todos estos análisis se hubieran hecho más a partir del propio Ignacio, y sólo después se abriera el diálogo con algunos planteamientos actuales.

Otra crítica que se puede hacer a este libro en cuanto a su desarrollo trinitario, es el hecho de que, dado

el esquema tripartito del mismo, y a pesar de las frecuentes referencias a las relaciones trinitarias en su manifestación «ad extra», o a las menciones de Ignacio a la Trinidad y al uso de este término en algunos momentos muy concretos de su vida (Manresa, La Storta), en el conjunto de la exposición no siempre aparece clara la experiencia del Dios Trinidad, dado que en la práctica se subraya más las diferencias que la unidad. Comprendo que es un riesgo no buscado intencionalmente por el autor. Más bien todo lo contrario. Pero quizá hubiera sido necesario un capítulo más específico sobre la unidad de ser y acción del Dios Trinidad, aunque fuera entresacándolo de algunos apartados de los actuales capítulos.

Por último, me parece importante indicar que el autor no pretende hablar tanto del Dios en sí, sino sobre todo de la relación entre Dios, el Dios Trinidad cristiano, y el mundo, nuestro mundo y nuestra historia. De hecho, la palabra «mundo» no sólo aparece en el título general, sino también en cada una de las partes en las que está dividida la obra. Y, no sólo. Ya la misma introducción lleva por título: «Reciprocidad Dios-mundo». Y en la conclusión leemos: «Mundanía de Dios y divinidad del mundo». Centrándose no sólo

en el mundo de la historia humana o mundo de los hombres, sino también en el mundo cosmos o mundo de las realidades creadas. Lo cual se resume en el comienzo de la conclusión con las siguientes palabras: «La misión del Hijo y la del Paráclito han mostrado cómo la presencia de Dios en el mundo es entregarse por y para el mundo. En el misterio de Cristo, perfecto icono de la Sma. Trinidad, Dios se mundaniza sin dejar de ser Dios y el mundo se diviniza sin dejar de ser mundo» (p. 337). Afirmaciones que hacen que García Mateo se plantee de nuevo en la misma conclusión cuestiones como el sentido de una posible creación *ab aeterno*, o el no panteísmo de Ignacio, sobre lo que ya había reflexionado anteriormente en diversos pasajes del presente libro.

En todo caso, la relación de Dios con el mundo constituiría para nuestro autor la esencia de la mística de San Ignacio, sobre todo a partir de la experiencia de Manresa y las diferentes experiencias místicas que vivió en ese y otros momentos de su vida (p. 339-341).

Cierran el presente volumen algunos apéndices, aunque no se les nombre como tales: una serie de oraciones a la Trinidad, escritas por el padre Pedro Arrupe, y en las que nuestro autor ve una clara inspira-

ción ignaciana; un índice de nombres de autores citados; un índice de materias; y una bibliografía ordenada sistemáticamente (p. 347-383).

Resumiendo, creo que se puede decir que este no es un libro de lectura fácil, pero que, sin embargo, contiene muchos elementos y perspectivas a tener en cuenta.—JOSÉ-DAMIÁN GAITÁN

2. GAY-CROSIER LEMAIRE, V., *Teresa de Lisieux... Santa*, Madrid: San Pablo, 2023. 357 pp., 15,5 x 23,5 cm.

El texto quiere responder a tres cuestiones que se plantea la autora en la introducción: por qué quiso ser santa, Teresa del Niño Jesús, cómo lo hizo, y cómo concebía ella la santidad.

Nadie nace santo, por lo que la santidad es fruto de un largo proceso, no siempre previsible. Ciertamente el ambiente familiar supuso el preludio y el contexto favorable en su camino hacia la santidad. Los textos autobiográficos son testigos fieles del influjo positivo de padres y hermanas en la menor de ellas, con sus momentos de oración, las celebraciones litúrgicas, la frecuencia de los sacramentos, lecturas, privaciones y sacrificios... Si eso es verdad, no lo es menos que el

cielo, ejercerá un enorme atractivo ya con pocos años, por ser concebido como lugar de la verdadera felicidad y alegría, en contraste con la tierra, en la que ya con pocos años se siente exiliada. Es vivir en el mundo sin ser del mundo.

El ingreso en el Carmelo descalzo afianzó y orientó su sed de perfección, inclinando la santidad hacia la fidelidad de las pequeñas cosas; para acabar por internarse en la noche de la fe, donde los consuelos espirituales no tienen cabida, hasta desembocar en el total abandono en la misericordia divina.

Merece destacar el papel determinante que juegan los deseos a lo largo de la existencia de la monja carmelita, en especial, a la hora de acometer la senda de la santidad. Su aspiración se dirige a ser santa en sentido pleno, no a medias.

Descarta de su concepción de la santidad la idea de lo extraordinario, lo deslumbrante; apuesta decidida por lo cotidiano, por lo sencillo, lo oculto, por la santidad de verdad; no por la santidad mediocre. Considera a María como el referente más cualificado de la santidad ordinaria, sencilla e imitable; siendo más madre que reina.

A su vez Teresa puede ser considerada como referente de la pobreza espiritual, al asumir que todo